

MUJER Y MITO. El desnudo yacente

ERIKA BORNAY

Desde aquel símbolo de fecundidad que fue la Venus de Willendorf, masa de protuberancias y adiposidades, carente de rostro, hasta nuestra actualidad, la imagen y percepción del ser femenino a través de la historia, ha venido generalmente determinada por el hombre. Corroborando esta aseveración y como introducción a la exposición que sigue, es del todo pertinente transcribir un adecuadísimo fragmento de los escritos de Baudelaire puesto que definen, no sólo su opinión sobre la mujer, sino también el criterio de gran parte de la sociedad masculina, en particular, la de aquella época:

"El ser que constituye para la mayoría de los hombres la fuente de los más deleitosos e incluso —digámoslo, la ver-güenza de las voluptuosidades filosóficas— más duraderos placeres (...) la mujer, en una palabra, no es sólo para el artista, la hembra del hombre. Es más bien una divinidad, un astro, que condiciona todos los pensamientos de la mente masculina; es como una reverberación de todas las gracias de la naturaleza condensadas en un solo ser; es el objeto de la admiración y curiosidad más vivas que el espectáculo de la vida puede ofrecer al que la contempla. Es una especie de ídolo, tal vez estúpido, pero deslumbrante y fascinador, ante cuya mirada la voluntad se siente cautivada y paralizada..." (Traducido por la autora).¹

Al margen de las exigencias, más o menos realistas, que requiere la ejecución del tema del retrato, y, en general, de los condicionamientos que impone la pintura de historia, siempre mediatizados por la libertad y subjetivismo de quien recrea una de sus páginas, puede afirmarse que

1. *Oeuvres complètes*. París, 1961, p. 327.